



Universidad
Nacional
de Rosario

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

El aburrimiento en la infancia: espacio potencial para el juego, la creatividad y
la subjetivación

Ensayo

Autor:

Herrera, Gastón

Legajo: H-5149/7

DNI: 43.427.671

Docente responsable:

Peirano, Laura

Agradecimientos

A Liliana y Claudio, mis padres, por alojarme en este mundo e inscribir en mí la huella del amor.

A Mateo, mi hermano, mi compañero en esta vida y motor de mi deseo de crecer.

A mis amigos y amigas, por hacer del encuentro fuente vital de afecto y sostén.

A la cátedra de Neuropsicología y Psicología del Desarrollo, por acercarme a una mirada sensible y comprometida con nuestras infancias.

A la universidad pública y al pueblo argentino, a quienes me debo y deseo servir.

ÍNDICE

Introducción	1
El fin de los tiempos muertos: derivas contemporáneas de la infancia.....	2
Crear, jugar, simbolizar: aportes para pensar el espacio potencial.....	5
Estar a solas en presencia de otro: el ambiente facilitador como condición de subjetivación.....	8
Reflexiones finales	12
Referencias bibliográficas.....	15

Resumen

El presente trabajo aborda el aburrimiento infantil desde una perspectiva psicoanalítica que lo considera no sólo como una experiencia de malestar, sino también como condición para el juego, la creatividad y la subjetivación. A partir de la modalidad de ensayo, se analizan las transformaciones contemporáneas vinculadas a la hiperestimulación, la sobreocupación del tiempo infantil y la intolerancia al vacío, interrogando sus efectos sobre la constitución subjetiva. El recorrido se apoya principalmente en los aportes de Donald Winnicott, John Bowlby y Sigmund Freud, desarrollando nociones como espacio potencial, simbolización, juego y ambiente facilitador. Asimismo, se profundiza en la importancia de la capacidad de estar a solas en presencia de otro como condición para tolerar la espera y habilitar procesos creativos. Se concluye que el aburrimiento no posee un valor creador en sí mismo, sino que sus efectos dependen de las condiciones vinculares y subjetivas que rodean al niño. Allí donde existe un ambiente suficientemente bueno, el aburrimiento puede transformarse en un tiempo fértil para la imaginación, el deseo y la producción simbólica.

Palabras clave: aburrimiento, juego, espacio potencial, ambiente facilitador

Introducción

El presente Trabajo Integrador Final (T.I.F.) se propone abordar el aburrimiento en la infancia desde una perspectiva que lo sitúe más allá de su consideración habitual como mero déficit de estímulos o problema a resolver. Lejos de entenderlo como una experiencia negativa que debe ser rápidamente obturada, se parte de la inquietud por interrogar aquello que el aburrimiento pone en juego en el tiempo infantil, en tanto experiencia que, en determinadas condiciones, puede habilitar procesos de creación, juego y constitución subjetiva.

En la actualidad, el tiempo de la infancia aparece atravesado por transformaciones significativas que inciden en los modos de habitar el ocio, la espera y el silencio. La presencia constante de estímulos, la disponibilidad casi ilimitada de dispositivos tecnológicos y la creciente organización de las actividades infantiles configuran un escenario en el que el no hacer tiende a ser evitado o rápidamente llenado. En este contexto, el aburrimiento parece adquirir un estatuto problemático: se vuelve algo a suprimir, a corregir o a neutralizar. Sin embargo, esta lectura, ampliamente difundida en prácticas cotidianas y discursos contemporáneos, invita a ser revisada.

Interrogar el aburrimiento infantil supone, entonces, abrir una pregunta por las coordenadas de la época y por sus efectos en la constitución subjetiva. ¿Qué lugar queda para el vacío, la espera o la falta en una cultura que promueve la inmediatez y el entretenimiento constante? ¿Qué hace la época con el tiempo de la infancia? Estas preguntas no sólo remiten a transformaciones socioculturales, sino que también comprometen la manera en que los adultos, las instituciones y los discursos dominantes responden frente al malestar infantil. En este sentido, el aburrimiento puede pensarse como un punto de cruce entre lo singular de cada niño y las condiciones históricas en las que ese niño se inscribe.

Desde una perspectiva psicoanalítica, el interés por este fenómeno radica en su carácter ambivalente. El aburrimiento no constituye una experiencia homogénea ni unívoca: puede presentarse tanto como un estado de detención, vacío o desinterés, como también abrir una dimensión fecunda en la que se pone en juego la posibilidad de inventar, simbolizar y desear. Esta doble vertiente habilita a pensar que no se trata simplemente de eliminar el aburrimiento, sino de considerar las condiciones en las que este puede devenir un espacio significativo para el niño.

En esta línea, el presente ensayo se orienta por la pregunta acerca de cómo el aburrimiento puede constituirse en un espacio potencial para el juego, la creatividad y la subjetivación. Lejos de ofrecer respuestas cerradas, se busca desplegar un recorrido que permita problematizar esta experiencia, atendiendo tanto a sus determinaciones epocales

como a su dimensión estructural. De este modo, el aburrimiento se presenta no sólo como un afecto a describir, sino como una vía de acceso para pensar el modo en que el niño se relaciona con el deseo, el lenguaje y el otro.

La pertinencia del presente trabajo radica en la necesidad de revisar ciertas prácticas y supuestos que, en nombre del bienestar infantil, tienden a obturar espacios de indeterminación que podrían resultar fundamentales para el desarrollo psíquico. En un contexto en el que el aburrimiento suele ser interpretado como señal de falla, ya sea del niño, de los adultos o del entorno, se vuelve relevante interrogar qué se pierde cuando toda experiencia de vacío es rápidamente colmada. Esta pregunta adquiere especial importancia en el campo del psicoanálisis, en tanto permite repensar las intervenciones desde una perspectiva que no reduzca el malestar a algo a ser fagocitado, sino que lo considere en su valor estructural y potencial.

El recorrido que se propone se inscribe dentro del marco teórico del psicoanálisis, entendiendo que este ofrece herramientas conceptuales para abordar la complejidad del aburrimiento en su articulación con la creatividad, el deseo, la falta y el lazo con el otro. Desde esta perspectiva, se privilegiará una lectura que no busque generalizaciones apresuradas, sino que permita sostener la tensión entre lo singular y lo contextual, entre lo estructural y lo histórico.

En cuanto a la metodología, se adopta la modalidad de ensayo, lo que implica un trabajo de elaboración conceptual que no pretende agotar el tema ni presentar resultados concluyentes, sino más bien abrir interrogantes, establecer relaciones y proponer líneas de reflexión. Este enfoque permite una escritura que articula distintos desarrollos teóricos y problemáticas contemporáneas, sin perder de vista la dimensión clínica y subjetiva que atraviesa el fenómeno en cuestión.

A lo largo de este trabajo, se intentará sostener una pregunta que funciona como hilo conductor: ¿de qué manera el aburrimiento, lejos de ser un obstáculo, puede constituirse en una condición de posibilidad para el juego, la creatividad y la emergencia de lo singular en la infancia? Esta interrogación no sólo orienta el análisis, sino que también invita a desplazar ciertas miradas cristalizadas, abriendo la posibilidad de pensar el aburrimiento como un intervalo que, bajo determinadas condiciones, puede volverse productivo.

El fin de los tiempos muertos: derivas contemporáneas del tiempo infantil

“Quiero tiempo pero tiempo no apurado, tiempo de jugar que es el mejor.

Por favor, me lo da suelto y no enjaulado adentro de un despertador”

- María Elena Walsh

¿Qué hace la época con el tiempo de la infancia? Lejos de ser una pregunta retórica, se trata de un interrogante que permite situar un problema central para pensar las condiciones actuales de constitución subjetiva. La infancia no es meramente una etapa del curso vital, sino una construcción histórica y social que se transforma en función de las coordenadas de cada época. En este sentido, indagar por el tiempo infantil en la contemporaneidad implica interrogar las formas en que las condiciones culturales, tecnológicas y sociales inciden en los modos de vivir, habitar y transitar la infancia.

Diversos autores coinciden en señalar que las infancias actuales se encuentran atravesadas por transformaciones profundas que afectan no solo sus prácticas cotidianas, sino también las condiciones mismas de su experiencia subjetiva. Como plantea Moreno (2008), los niños se constituyen en función de los discursos, expectativas e instituciones que los rodean, lo que implica que cada época produce su propia infancia. En la actualidad, dichas transformaciones se caracterizan por su velocidad y por la coexistencia de múltiples modelos de infancia, lo que genera tensiones y desajustes en las prácticas educativas, familiares y clínicas.

En este marco, uno de los rasgos más significativos de la contemporaneidad es la creciente presencia de dispositivos tecnológicos y la expansión de formas de hiperconectividad que configuran nuevos modos de relación con el tiempo. El acceso permanente a estímulos, información y entretenimiento desencadena una modificación en la experiencia temporal, donde la espera y la pausa tienden a perder lugar frente a la inmediatez y la disponibilidad constante. Esta transformación no puede ser reducida a una crítica simplista hacia las nuevas tecnologías o el consumo, sino que exige una lectura más compleja que permita comprender cómo estas condiciones inciden en la posibilidad misma de experiencia psíquica.

En efecto, el problema no radica únicamente en la existencia de estímulos o en el acceso a dispositivos, sino en la lógica que los organiza. Tal como advierte Banderas (2017), la infancia contemporánea se encuentra expuesta a un volumen de estimulación sin precedentes, muchas veces impulsado por la intención adulta de potenciar el desarrollo y las capacidades del niño. Sin embargo, este afán por estimular puede generar efectos paradójicos: la saturación de actividades, propuestas y estímulos tiende a reducir los márgenes de espontaneidad, descanso y elaboración subjetiva. En lugar de abrir posibilidades, la sobreestimulación puede derivar en una experiencia de desborde que el niño no siempre puede significar.

En esta misma línea, es posible dar cuenta de una creciente tendencia a la sobreocupación del tiempo infantil. Las agendas de los niños aparecen cada vez más estructuradas por actividades escolares, extracurriculares y recreativas, organizadas en función de ideales de rendimiento, desarrollo y optimización. Este fenómeno no puede

pensarse por fuera de las lógicas sociales más amplias que privilegian la productividad y el desempeño, incluso desde edades tempranas. Como señala Dueñas (2023), las infancias actuales no están ajenas a las exigencias de una época marcada por la presión al rendimiento y la precarización de los vínculos, lo que impacta directamente en la configuración de sus modos de estar en el mundo .

En este contexto, el tiempo de la infancia tiende a ser capturado por una lógica que busca evitar la inactividad, el aburrimiento o la falta de estímulo. El no hacer aparece rápidamente etiquetado como un problema a resolver, ya sea mediante la oferta de actividades, el uso de dispositivos o la intervención adulta. De este modo, se configura una suerte de intolerancia al vacío, donde toda pausa es percibida como carencia y toda espera como pérdida de tiempo. Este desplazamiento no es menor, en tanto modifica las condiciones en las que el niño puede encontrarse consigo mismo y con los demás, desplegar su creatividad o construir experiencias propias.

La lógica del entretenimiento permanente constituye otro de los rasgos centrales de nuestra época. La oferta constante de contenidos, videojuegos y estímulos inmediatos favorece una relación con el tiempo orientada hacia la satisfacción rápida y la evitación de cualquier forma de displacer o aburrimiento. En este sentido, la experiencia infantil se ve cada vez más mediada por dispositivos que ofrecen respuestas inmediatas, reduciendo los espacios de indeterminación y exploración. A raíz de ello, tiene lugar una creciente dificultad para sostener la espera, tolerar la frustración o permanecer en situaciones de escasa estimulación.

A su vez, esta lógica se articula con una transformación en los modos de lazo social. La hiperconectividad no necesariamente implica mayor encuentro, sino que muchas veces se traduce en vínculos fragmentados, superficiales o mediados por pantallas. Tal como advierte Dueñas (2023), las infancias contemporáneas pueden experimentar formas de soledad en contextos de alta conectividad, lo que pone en cuestión la idea de que el acceso permanente a otros garantiza la construcción de lazo. En este escenario, la posibilidad de estar a solas, no como aislamiento, sino como experiencia subjetiva, se ve tensionada.

Es en este punto donde resulta pertinente introducir una clave de lectura desde el psicoanálisis. Desde esta perspectiva, puede pensarse que una de las lógicas que atraviesa la contemporaneidad es el rechazo de la falta. En la enseñanza de Lacan, la falta no se corresponde con déficit, no constituye un vacío a saturar, sino una condición estructural que habilita el deseo, la simbolización y la constitución subjetiva. Sin embargo, ciertos rasgos de la época parecen orientarse hacia su obturación: la promesa de satisfacción inmediata, la eliminación de la espera y la disponibilidad constante de objetos tienden a colmar aquello que, estructuralmente, se presenta como incompleto.

Este rechazo de la falta se manifiesta, entre otras formas, en la dificultad para sostener tiempos vacíos, silencios o intervalos sin estímulo. La experiencia del vacío, lejos de ser tolerada o elaborada, aparece como algo a evitar. Cuando de la infancia se trata, esto se traduce en una tendencia a intervenir rápidamente frente a cualquier signo de aburrimiento, interpretándose como indicador de falla o carencia. De este modo, el aburrimiento deja de ser una experiencia posible para convertirse en un problema a resolver.

La saturación de estímulos no garantiza la desaparición del malestar, sino que puede coexistir con formas de apatía, desinterés o vacío. En este sentido, esta concepción del aburrimiento no puede ser reducida a una simple falta de entretenimiento, sino que debe ser pensado en relación con las condiciones sociales, culturales y subjetivas que lo producen.

En definitiva, la consideración y el análisis de estas coordenadas permite situar el problema que orienta el presente trabajo. La caída de los tiempos muertos, la intolerancia al vacío, la lógica del entretenimiento permanente y la sobreocupación del tiempo infantil configuran un contexto en el que el aburrimiento se vuelve problemático. No tanto por su presencia, sino por su imposibilidad. En una época que tiende a colmar todo intervalo, cabe preguntarse qué lugar queda para aquellas experiencias que no responden a la lógica de la inmediatez.

De este modo, lejos de ofrecer respuestas cerradas, el análisis de las coordenadas epocales pretende delimitar un campo de problemas que será retomado en los desarrollos posteriores. Interrogar qué hace la época con el tiempo de la infancia implica, en última instancia, abrir la pregunta por las condiciones en las que un niño puede jugar, crear y, eventualmente, aburrirse. Insistimos en que allí donde el vacío es rápidamente llenado, quizás se pierde algo más que el tiempo: la posibilidad de que algo del orden de lo singular acontezca.

Crear, jugar, simbolizar: aportes para pensar el espacio potencial

“Jugar libremente es repetir la misma palabra dos veces, no se puede jugar de otra forma que no sea libremente”

- Francesco Tonucci

El juego ocupa un lugar central en la constitución subjetiva infantil. Lejos de tratarse de una actividad reducida a lo recreativo u ocioso, constituye una experiencia fundamental para la elaboración psíquica, la simbolización y la creación de sentidos. Desde el psicoanálisis, particularmente a partir de los desarrollos de Donald Winnicott, el jugar comienza a pensarse no sólo como expresión de fantasías inconscientes o como

elaboración de una renuncia pulsional tal como Freud había trabajado, sino también como condición de posibilidad para el despliegue de la experiencia subjetiva. En este marco, el aburrimiento en la infancia puede ser comprendido como un tiempo potencialmente fecundo, capaz de habilitar procesos de creación y de encuentro con el propio mundo interno.

Winnicott (1979) introduce una distinción fundamental entre *game* y *playing*, señalando que el interés no reside tanto en el juego reglado como en la experiencia misma del jugar. El autor desplaza la atención desde el objeto hacia el proceso, enfatizando el carácter vivo, dinámico y creador del *playing*. En este sentido, el jugar no puede comprenderse sólo como una conducta observable ni una técnica expresiva, sino que remite a una experiencia subjetiva singular, ligada a la posibilidad de sentirse real y vivo en relación con el mundo. En este sentido, el jugar constituye una actividad creadora que permite la búsqueda y el hallazgo del *self*.

La noción de espacio potencial resulta central para comprender esta experiencia. Winnicott (1979) lo define como una zona intermedia entre la realidad interna y la realidad externa, un territorio de ilusión donde el niño puede crear, simbolizar y experimentar sin quedar sometido por completo ni a las exigencias del mundo objetivo ni a la pura omnipotencia fantasmática. Este espacio no preexiste de manera espontánea, sino que se constituye a partir de una experiencia vincular suficientemente buena. La presencia de un otro que sostenga, aloje y sobreviva a las manifestaciones del niño permite la emergencia de un ámbito transicional donde el jugar pueda desplegarse.

Desde esta perspectiva, el juego no aparece como evasión de la realidad, sino como una forma privilegiada de construirla y habitarla. Fernández de la Vega (2013) sostiene que el jugar implica una suspensión de certezas y una reconciliación de opuestos: allí se articulan libertad y ley, mundo interno y externo, creación y repetición. El juego abre un tiempo y un espacio propios, apartados momentáneamente de las demandas utilitarias de la vida cotidiana. En ese terreno protegido, el niño puede experimentar, transformar sentidos y otorgar nuevos significados a aquello que lo atraviesa.

En relación con ello, resulta importante pensar que la capacidad de jugar no se limita únicamente al uso de juguetes o actividades lúdicas visibles. El jugar supone un estado subjetivo particular, una disposición a la experiencia creadora. Winnicott afirma que “sólo en el jugar el niño o el adulto están en libertad de ser creadores” (1979). Esta afirmación permite comprender que la creatividad no constituye un atributo exclusivo del arte ni de producciones extraordinarias, sino una modalidad de relación con el mundo. Cuando un niño puede jugar, puede también apropiarse subjetivamente de la experiencia, transformarla y simbolizarla.

En este punto, el aburrimiento adquiere una relevancia particular. Como se menciona en el capítulo precedente, en la contemporaneidad, las infancias suelen encontrarse atravesadas por una lógica de hiperestimulación permanente, donde el vacío, la espera o el tiempo sin actividad tienden a ser rápidamente obturados. Sin embargo, la ausencia momentánea de estímulos puede constituir una condición necesaria para el surgimiento del jugar. El aburrimiento confronta al niño con un tiempo no organizado desde el exterior, habilitando la posibilidad de crear algo propio. Allí donde no hay una propuesta cerrada ni una satisfacción inmediata, puede emerger la imaginación, la fantasía y, por ende, la producción simbólica.

André Green (2007), en su relectura de Winnicott, profundiza en esta dinámica al situar el estatuto de lo negativo y de la ausencia como estructurantes de la constitución psíquica. Para el autor, aquello que sustrae una saturación inmediata de sentido deviene en potencia creadora. Así, la ausencia, el intervalo y el vacío de representación desbordan la categoría de mero déficit, instituyéndose como el espacio topológico indispensable para el advenimiento de lo nuevo. La subjetivación requiere, fundamentalmente, de zonas de indeterminación, intersticios libres de intrusión donde cobren existencia el juego y la ilusión originaria.

Por otra parte, Freud (1992) ya había advertido que el juego permite transformar posiciones pasivas en activas, posibilitando una elaboración de experiencias displacenteras. En el jugar, el niño no sólo repite, sino que reorganiza psíquicamente aquello que lo afecta. Iwan (2020) retoma esta idea al señalar que el juego constituye un modo privilegiado de elaboración de lo traumático y de construcción de nuevos sentidos. El niño rearma las marcas que han quedado en él para producir otra escena posible.

En este proceso, la simbolización ocupa un lugar decisivo. El juego permite transformar experiencias sensoriales y afectivas en representaciones compartibles. A través del hacer de cuenta que posibilita el juego, el niño ensaya posiciones subjetivas, crea relatos y explora posibilidades identificatorias. Los objetos utilizados dejan de estar definidos únicamente por su función concreta y pasan a ser soportes de significación. Una caja puede convertirse en una casa, una manta en un refugio o un muñeco en un personaje amenazante. Esta transformación evidencia el trabajo simbólico en acto.

Asimismo, el espacio potencial no constituye sólo un patrimonio de la infancia. Winnicott considera que allí se originan también la experiencia cultural, el arte y la vida creadora en general. La capacidad de jugar constituye la matriz de toda producción cultural, en tanto supone la posibilidad de habitar un espacio intermedio donde realidad y fantasía puedan coexistir sin anularse mutuamente. En este sentido, el juego, el arte y la cultura comparten una misma lógica, todos implican una suspensión momentánea de la utilidad inmediata y la apertura hacia una experiencia estética y simbólica.

Retomando los aportes planteados en el capítulo anterior, recuperar el valor del jugar en la infancia supone también interrogar ciertas modalidades contemporáneas de crianza y de organización del tiempo infantil. La saturación de actividades, pantallas y estímulos constantes puede obstaculizar la aparición de tiempos de espera, invención y exploración subjetiva. La posibilidad de aburrirse puede constituir una experiencia necesaria para que el niño entre en contacto con su capacidad creadora.

En síntesis, el espacio potencial permite pensar el jugar como una experiencia fundante de la subjetividad. Allí el niño puede crear, simbolizar y producir sentidos propios en relación con el mundo y con los otros. Desde esta perspectiva, el aburrimiento infantil adquiere un estatuto diferente. Deja de concebirse únicamente como vacío improductivo para ser entendido también como una oportunidad de apertura hacia la imaginación y la creación. Cuando existe un ambiente que sostenga y habilite esta experiencia, el aburrimiento puede transformarse en un tiempo fértil para el despliegue del jugar y, con ello, para los procesos de subjetivación.

Estar a solas en presencia de otro: el ambiente facilitador como condición de subjetivación.

“Toda intimidad es una arquitectura de silencios.”

- Alejandra Pizarnik

El recorrido propuesto en los capítulos precedentes ha permitido situar al juego y al espacio potencial como terrenos privilegiados para el despliegue de la subjetividad infantil, al tiempo que se interrogan los modos en que la lógica contemporánea del entretenimiento continuo intenta clausurar los intervalos de espera. Para profundizar en esta problemática, resulta indispensable examinar las condiciones primordiales que estructuran la posibilidad misma de habitar esos vacíos. El aburrimiento exige una compleja infraestructura psíquica que hunde sus raíces en los primeros lazos vinculares. Este capítulo se propone indagar cómo se construye la capacidad de sostener la quietud a partir de los aportes teóricos de Donald Winnicott y John Bowlby, examinando el modo en que el ambiente facilitador y la presencia del otro operan como matrices fundantes de la subjetivación.

La paradoja fundamental que atraviesa el desarrollo emocional temprano radica en que la aptitud para permanecer a solas requiere, de manera constitutiva, de la experiencia previa y continuada de haber estado a solas en presencia de alguien más. Esta formulación permite desplazar la mirada desde un individuo aislado hacia una trama relacional que sostiene y da sentido a las primeras manifestaciones del sujeto. Cuando un niño cuenta con

un entorno capaz de alojarlo sin asfixiarlo, el tiempo desocupado deja de ser una amenaza persecutoria para transformarse en un intervalo fecundo.

Al indagar en los estadios primitivos del desarrollo, los trabajos de Donald Winnicott (1993) introducen una perspectiva revolucionaria respecto a la maduración emocional. El autor postula que la capacidad para estar a solas constituye uno de los signos más importantes de madurez en el desarrollo del individuo. El análisis tradicional solía centrar su interés en la forma en que el niño lidiaba con la ausencia física del objeto, sin embargo, este enfoque redefine el problema al situar la experiencia en un escenario donde el otro está presente pero no ejerce demandas activas.

Esta vivencia se inscribe inicialmente en una etapa de dependencia absoluta, donde el lactante y el ambiente estructuran una unidad indivisible. La madre suficientemente buena proporciona un sostén o *holding* que resguarda al yo incipiente de las intrusiones del mundo externo. En este marco protegido, el bebé puede experimentar lo que se denomina un estado de no integración. Este estado implica la posibilidad de relajarse, de abandonar provisoriamente la necesidad de reaccionar ante estímulos del entorno y de permanecer en una quietud donde el cuerpo y las sensaciones flotan libremente. Es un tiempo de reposo psíquico indispensable para que las necesidades corporales y los impulsos primarios devengan gestos espontáneos auténticos.

La presencia no intrusiva del cuidador primario opera como un marco de fondo seguro. El niño sabe, a nivel inconsciente, que si surge una necesidad o angustia, el otro estará allí para decodificarla y satisfacerla, pero mientras esa demanda no acontezca, es lícito no hacer nada. Con el paso del tiempo, esta confianza en el ambiente se interioriza de manera progresiva. El niño introyecta al objeto facilitador, lo que le permite recrear esa seguridad básica incluso en ausencia física de los adultos. El desarrollo del *self* depende enteramente de este proceso, puesto que, si el entorno interrumpe constantemente con exigencias prematuras de adaptación, el yo se ve obligado a estructurar una coraza defensiva, dando origen al falso *self*.

Aunque partió de supuestos epistemológicos diferentes, la teoría del apego formulada por John Bowlby ofrece un punto de convergencia conceptual para pensar la dimensión vincular de esta problemática. El analista británico demostró que los seres humanos poseen una predisposición biológica innata a buscar la proximidad de figuras protectoras en momentos de vulnerabilidad. Este lazo, denominado vínculo de apego, no se reduce a una necesidad secundaria derivada de la alimentación, sino que constituye un sistema motivacional autónomo destinado a garantizar la supervivencia y la regulación emocional (Bowlby, 1989).

La noción central de base segura ilustra la dinámica relacional que viabiliza la autonomía del niño. Una figura de apego se constituye como base segura cuando se

muestra accesible, sensible a las señales infantiles y eficaz en la amortiguación del malestar. El acceso a una base sólida produce un efecto regulador que reduce los niveles de ansiedad y desactiva momentáneamente las conductas de búsqueda de proximidad física. Es precisamente esta desactivación la que libera la energía psíquica necesaria para que emerja la exploración.

Al centrar esta perspectiva en la cuestión del aburrimiento, se advierte que la exploración no abarca únicamente el desplazamiento motriz hacia el espacio físico o los objetos concretos, involucra de igual modo la exploración del propio mundo simbólico y representacional. El niño que dispone de un apego seguro cuenta con la certeza interna de que su base afectiva permanece disponible. Esta seguridad le otorga la libertad para sumergirse en sus propios pensamientos, tolerar los momentos en que la realidad exterior no ofrece novedades y esperar con tranquilidad a que emerja un nuevo interés. Los modelos operativos internos, que son las plantillas psicoafectivas construidas a partir de estas interacciones tempranas, guiarán la manera en que el sujeto procesa la soledad, el silencio y la ausencia a lo largo de toda su vida.

Lo trabajado hasta el momento da cuenta de la exigencia de una alteridad que sirva de plataforma para la subjetivación. El concepto de sostén (Winnicott, 1999) pone el acento en la cualidad del cuidado afectivo, y clínico llegado el caso, que posibilita la integración del yo y la emergencia del ser, mientras que la teoría del apego sistematiza los patrones conductuales y las representaciones mentales que consolidan la confianza en el lazo social.

Estas teorizaciones permiten comprender que la autonomía subjetiva jamás se conquista por medio del aislamiento o del desamparo. Por el contrario, la independencia es el fruto maduro de una dependencia que ha sido transitada con éxito. Cuando un entorno responde con sensibilidad adecuada, el niño adquiere la certeza de que el lazo afectivo sobrevive a la separación del cuerpo y al cese de la comunicación verbal. Esta continuidad de la existencia provee el soporte indispensable para tramitar los intervalos donde la realidad exterior entra en suspenso.

El problema surge cuando se produce una falla ambiental sistemática, ya sea por déficit o por exceso. En las situaciones de negligencia o inaccesibilidad de la figura de apego, el vacío temporal se satura instantáneamente de desamparo y angustia. Por otra parte, la sobreestimulación y la intrusión adulta persistente, rasgos que caracterizan fuertemente a la crianza contemporánea descrita en el primer capítulo, obstruyen la delimitación de una zona intermedia de quietud. El entorno hiperintrusivo no permite el estado de no integración, exige de manera constante que el niño responda a propuestas externas, transformando el tiempo libre en una agenda de rendimientos obligatorios.

En este sentido, es posible reinterpretar el estatuto clínico y subjetivo del aburrimiento en la infancia. Lejos de concebirlo como un problema que los adultos deben

apresurarse a corregir, el aburrimiento representa el testimonio de la conquista de la capacidad para estar a solas en presencia del otro. Sostener ese intervalo sin desesperar, sin demandar una pantalla o una actividad organizada, demuestra que el aparato psíquico infantil dispone de un objeto interno lo suficientemente sólido para tolerar la falta temporal de estímulos.

El aburrimiento constituye, en esencia, un estado transicional de expectativa latente. El niño sumergido en este estado no experimenta una desinvestidura melancólica ni un vacío arrasador, habita una suerte de limbo lúdico en el cual se ha aprendido a suspender el sentido utilitario de las cosas. Es en esa zona de indeterminación donde puede surgir el deseo y la creatividad. Al no haber una propuesta prefabricada por el mercado del entretenimiento o por el imperativo adulto, la subjetividad se ve convocada a inventar algo nuevo. Una caja de cartón deviene fortaleza o una sombra en la pared se transforma en un aliado misterioso, porque el psiquismo cuenta con el soporte vincular necesario para investir la realidad exterior desde su propia fantasía.

Por el contrario, cuando la infraestructura relacional es inestable, el cese de los estímulos externos no genera aburrimiento con potencia subjetivante, sino una vivencia catastrófica de desorganización. Al faltar la base segura, el silencio confronta al sujeto con sus peores fantasías de abandono o con una vivencia de muerte psíquica (Bowlby, 1998). Esto permite esclarecer por qué la sociedad hiperconectada exhibe una intolerancia tan marcada al vacío. La saturación de dispositivos tecnológicos y la hiperestimulación operan muchas veces como mecanismos defensivos destinados a taponar la precariedad de los lazos afectivos actuales y la consecuente dificultad para sostener la propia interioridad.

Esto nos conduce a interrogar de manera directa la responsabilidad del mundo adulto en la preservación de estas zonas de subjetivación. Si la capacidad para estar a solas se forja en presencia de otro, la función de los padres, educadores y terapeutas no consiste en transformarse en animadores permanentes de la vida infantil, ni tampoco en abandonar al niño a su propia suerte bajo la bandera de una falsa autonomía. La intervención pertinente exige sostener la paradoja winnicottiana, es decir, ofrecer una presencia que aloje, un entorno que asegure la continuidad de la existencia, pero que al mismo tiempo tolere el silencio y respete los momentos de aparente inactividad del niño.

Habilitar el aburrimiento en la infancia contemporánea implica un acto de resistencia frente a las lógicas del rendimiento y la inmediatez mercantil. Supone la valentía de no obturar el vacío con el primer objeto tecnológico que se tenga a mano y la confianza de saber que en ese intervalo, donde en apariencia no pasa nada, se está gestando la soberanía del deseo. El adulto que oficia de ambiente facilitador es aquel capaz de soportar la queja del niño aburrido sin angustiarse ni culpabilizarse, devolviéndole la confianza de

que el tiempo vacío no es una pérdida, sino la condición de posibilidad indispensable para el advenimiento de lo singular.

Reflexiones finales

El recorrido realizado a lo largo de este Trabajo Integrador Final permitió abordar el aburrimiento infantil desde una perspectiva diferente a aquella que suele predominar en el discurso contemporáneo. En una época atravesada por la hiperestimulación, la aceleración y la necesidad constante de entretenimiento, el aburrimiento aparece frecuentemente concebido como un problema que debe resolverse de manera inmediata. Sin embargo, los desarrollos trabajados permitieron situarlo no sólo como un estado de malestar, sino como una experiencia con potencialidad subjetivante. Al no reducirlo a un tiempo vacío o improductivo, el aburrimiento puede constituirse como una condición de posibilidad para el juego, la creatividad y la emergencia de lo singular.

No obstante, uno de los puntos centrales que este ensayo pretende sostener es que no todo aburrimiento conduce necesariamente a dichos destinos. El aburrimiento no posee en sí mismo un valor creador garantizado. Aquello que transforma un tiempo vacío en un espacio potencial para el juego y la simbolización no es el aburrimiento considerado de manera aislada, sino la existencia de un ambiente suficientemente bueno capaz de sostener esa experiencia. En otras palabras, el aburrimiento puede devenir tanto un terreno fértil para la subjetivación como una vivencia de vacío desorganizador, dependiendo de las condiciones vinculares y psíquicas que lo rodeen.

Esta distinción resulta fundamental para evitar idealizaciones románticas del aburrimiento. A lo largo del trabajo se recuperaron los aportes de Winnicott para pensar que la capacidad de estar a solas nunca surge desde el aislamiento absoluto, sino desde la experiencia previa de haber estado a solas en presencia de otro. El ambiente facilitador ofrece un sostén que permite al niño tolerar la ausencia momentánea de estímulos sin vivenciarla como amenaza catastrófica. Allí donde existe una base afectiva confiable, el vacío puede ser habitado sin desesperación y abrirse a la invención. En cambio, cuando predominan experiencias de intrusión, negligencia o fragilidad vincular, el silencio y la quietud pueden adquirir un carácter persecutorio.

En este sentido, el aburrimiento constituye una experiencia límite cuyos destinos no están predeterminados. Puede conducir a la creación, pero también a la desinvestidura. Puede habilitar el despliegue del espacio potencial o precipitar sentimientos de vacío arrasador. La diferencia entre uno y otro destino no radica únicamente en factores intrapsíquicos individuales, sino en la calidad del entramado relacional que sostiene al

sujeto. De allí que el aburrimiento no deba pensarse exclusivamente como un fenómeno interno, sino también como una producción situada en un contexto epocal, histórico, cultural y vincular determinado.

Por su parte, el jugar supone precisamente la posibilidad de apartarse momentáneamente de la realidad utilitaria inmediata para habitar un espacio intermedio donde la imaginación y la simbolización puedan desplegarse. Cuando el niño cuenta con un ambiente que facilita esta experiencia, el aburrimiento puede convertirse en intervalo, espera y apertura. El tiempo aparentemente vacío puede entonces poblarse de fantasías, relatos y creaciones propias.

Sin embargo, la contemporaneidad parece orientarse en dirección contraria. La intolerancia cultural frente al vacío produce una tendencia creciente a obturar cualquier experiencia de espera mediante objetos de consumo, pantallas o estímulos permanentes. En muchos casos, el aburrimiento infantil es rápidamente interpretado como señal de falla adulta, si el niño se aburre, alguien debería ofrecer inmediatamente una actividad, una imagen o un entretenimiento. Esta lógica transforma al adulto en proveedor constante de estímulos y dificulta la construcción de espacios donde pueda emerger algo del orden de lo propio.

Desde esta perspectiva, una de las problemáticas centrales de la infancia contemporánea no parecería residir en un exceso de aburrimiento, sino precisamente en la imposibilidad de sostenerlo. La hiperestimulación constante impide muchas veces el acceso a experiencias de espera, suspensión y vacío necesarias para el despliegue de la actividad representacional. Cuando todo tiempo es llenado desde afuera, disminuyen las oportunidades de crear algo desde la propia interioridad. El sujeto queda entonces más ligado al consumo inmediato de objetos que a la producción singular de sentidos.

En este punto, el presente ensayo permite arribar a una reflexión clínica y ética sobre la función del mundo adulto. Ni la intrusión constante ni el abandono constituyen respuestas subjetivantes. La tarea del adulto consistiría más bien en sostener una presencia suficientemente segura que permita al niño atravesar esos intervalos sin quedar devastado por ellos. Habilitar el aburrimiento no implica desentenderse del niño, sino confiar en su capacidad creadora y ofrecer las condiciones necesarias para que ésta pueda desplegarse.

Asimismo, resulta relevante destacar que el aburrimiento no debe comprenderse como ausencia de actividad observable. Muchas veces, allí donde no pasa nada desde la mirada externa, se están produciendo importantes movimientos psíquicos internos. El niño aparentemente quieto o desocupado puede encontrarse elaborando fantasías, construyendo escenas imaginarias o reorganizando experiencias afectivas. En este sentido, el aburrimiento puede constituirse como un tiempo de trabajo psíquico silencioso, invisible para la lógica productivista contemporánea, pero fundamental para la constitución subjetiva.

Finalmente, este ensayo busca proponer una lectura del aburrimiento infantil que escape tanto a su patologización inmediata como a su idealización ingenua. El aburrimiento no es, en sí mismo, creador ni destructivo. Sus destinos dependerán de las condiciones subjetivas y vinculares que permitan, o no, transformar el vacío en espacio potencial. Allí donde exista un ambiente suficientemente bueno, capaz de sostener la espera sin invadir, el aburrimiento podrá devenir juego, simbolización y creatividad. Allí donde ese sostén falle, el vacío podrá adquirir la forma de la desorganización o la desinvertidura.

Pensar el aburrimiento desde esta complejidad implica también interrogar críticamente ciertos modos contemporáneos de crianza, educación y vínculo con la infancia. En una época que ofrece respuestas inmediatas para todo, el aburrimiento conserva todavía la potencia incómoda de una pregunta. Tal vez por eso existan experiencias que sólo puedan nacer en el tiempo perdido. El juego, la imaginación y el deseo acaso sean algunas de ellas.

Referencias bibliográficas

- Banderas, A. (2017). Niños sobreestimulados: Cómo educarlos con calma y protegerlos de los peligros que esconden las tecnologías. Libros Cúpula.
- Bowlby, J. (1989). Una base segura: Aplicaciones clínicas de la teoría del apego. Paidós.
- Bowlby, J. (1998). El apego y la pérdida: Vol. 1. El apego. Paidós. (Trabajo original publicado en 1969).
- Dueñas, G. (2023). El malestar epocal y su impacto en las infancias y adolescencias: entre la precarización, el aburrimiento y la búsqueda de sentido. Revista El Hormiguero, (8).
- Fernández de la Vega, S. (2013). Tiempo en suspensión: el juego en el psicoanálisis, la cultura y la creación. Temas de Psicoanálisis, (5), 1-22.
- Freud, S. (1992). Más allá del principio del placer (J. L. Etcheverry, Trad.). En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 18, pp. 1-62). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Green, A. (2007). Jugar con Winnicott. Amorrortu.
- Iwan, M. (2020). Recuperar el juego para posibilitar las infancias: La posibilidad elaborativa a través de la función simbólica.
- Lebovic, A. (2019). La niñez bajo amenaza: ¿Ya no hay tiempo para la infancia?
- Moreno, J. (2008). La infancia en los tiempos que corren. Revista Topía.
- Pizarnik, A. (2013). Diarios (A. Becciu, Ed.). Lumen. (Obra original publicada 1954-1971).
- Tonucci, F. (2015). La ciudad de los niños (2.^a ed.). Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Winnicott, D. W. (1979). Realidad y juego (F. Mazía, Trad.). Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971).

Winnicott, D. W. (1993). La capacidad para estar a solas. En Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional (pp. 37-46). Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).

Winnicott, D. W. (1999). Sostén e interpretación: Fragmento de un análisis. Amorrotu. (Trabajo original publicado en 1986).